

Entre el recuerdo y el destino: la repetición

Norberto Carlos Marucco

INTRODUCCION

Escribir acerca de “*Recordar, repetir y reelaborar en el psicoanálisis y la cultura de hoy*” implica el desafío de revisar creativamente desde la realidad actual del psicoanálisis, las ideas que Freud escribió en tiempos de aquella gran carnicería que fue la guerra del 14, encontrando entre el horror algunos elementos valiosos para pensar la vida. El Congreso nos “convoca”, noventa y tres años después, en torno a esas ideas, para pensar el psicoanálisis y reflexionar sobre el padecer del hombre... *en tiempos de repetición de horrores similares*, que sólo han variado sus formas de expresión. Berlín resulta emblemática para este encuentro que nos invita a “recordar- repetir-reelaborar”. Berlín nos dice que el destino puede ser cambiado, no sólo por la aparición del recuerdo, sino, y sobre todo, por la construcción de lo nuevo, lo distinto: abrir las puertas, “derribar muros”, abrir caminos a la pulsión en sus posibilidades de transformación.

Por otra parte, y desde una perspectiva más amplia, “recuerdo y repetición” en sus combinaciones y alternancias, definirían características distintivas en cada cultura. La repetición se traduce, también en lo social y cultural, como efecto de un trauma que, al no encontrar posibilidad de representación y elaboración, reaparece y se actualiza en una nueva vuelta hacia lo mismo, lo idéntico (de M’Uzan, 1978). En los individuos y en las naciones, una demoníaca repetición termina asesinando los tiempos. El tiempo parece detenido en algunos (muchos) países, y no sólo en los más pobres, en los menos tecnológicos. También en aquellos donde el conservadurismo de las

ideas, o la imposición de doctrinas políticas o religiosas refuerza al máximo los bastiones de la resistencia a todo cambio posible. Repeticiones marcadas por la “pulsión de muerte” que deja su sesgo en cierta “naturalización” como destino: hambrunas que coexisten con desmedidas opulencias, guerras étnicas o fratricidas alentadas en la sombra por oscuros intereses; tendencias terroristas que intentan justificarse de unos y otros lados en una sed de venganza sin fin; estado general de desconfianza hacia el otro semejante; indiferencia o tolerancia a las peores ignominias (sojuzgamiento, destierro, tortura. etc). Aumento de la marginalidad social (que se va tornando “invisible” por su propia evidencia), de la criminalidad, de la violencia extrema. Asimismo, y en sus efectos más sutiles y deletéreos: perversidad de los liderazgos, pérdida de referentes sociales, soliviantamiento de ideales culturales altruistas y de lazos identificatorios, que culminan en intensas vivencias de desamparo y exclusión social. Precisamente, en estos “más acá”..., se muestra con especial contundencia, desde la perspectiva psicoanalítica, la fuerza arrolladora de la “pulsión de muerte”, la siniestra “creatividad” de su tendencia a la desligadura, capaz de generar novedosos recursos que todo lo arrasen, que todo lo borren, que todo lo detengan... El “destino”, lo que “está escrito” como fundamento y verdad revelada que da explicación a tanta desventura, obra como “letra muerta” que desrealiza todo intento de inscripción de una nueva historia. En su carrera tras el “destino prometido”, o contra el oracular “destino sentenciado”, se desata el desenfreno de la compulsión a la repetición, y se acalla todo cuestionamiento que pudiera dar lugar a algún trabajo de re-elaboración o de transformación. Frente a estas situaciones, la posibilidad de *registro del trauma* y de su *historización cultural* juegan un papel fundamental para detener la repetición y transformar el “destino”. La cultura da muestras de esta necesidad no sólo cuando a través de sus distintas manifestaciones busca recordar una y otra vez los fenómenos de violencia social que la conmovieron, sino también cuando intenta revertir su compulsión a repetirlos en el presente, y oponer sus mejores esfuerzos contra las tendencias destructivas y los efectos nefastos de la desmentida patológica.

La inclusión de ésta y otras problemáticas de la cultura constituye una propuesta sustancial; un paso adelante en la posibilidad de saldar una deuda que a mi entender el psicoanálisis contemporáneo mantiene con la cultura. Quizás porque no hemos logrado definir aún,

claramente, el rol que ella desempeña tanto en la creación de subjetividad como en la producción de patología. El psicoanálisis podría aportar esa contribución continuando la tradición que Freud inició con sus trabajos sociales, que culminaron en sus impactantes: “El malestar en la cultura” (Freud, 1930) y “¿Por qué la guerra?” (Freud, 1933). Quizás las aportaciones que surjan de este Congreso puedan constituir un paso importante en pos de este objetivo.

Pero dejo ya la analogía para circunscribirme a mi oficio:

Este ensayo se centrará fundamentalmente en el tema de la *repetición* (porque así me lo han pedido), en su concepción metapsicológica, clínica y técnica. La repetición *junto* al recuerdo, la repetición *en lugar de* el recuerdo, y, un poco más allá, la repetición *a la manera de un destino*.

La repetición (*agieren*), incluye una problemática que está en el núcleo de los debates del psicoanálisis contemporáneo: la de lo representado, lo no representado, y lo irrepresentable en el psiquismo. En el seno de esa problemática, y en los albores del nacimiento de lo psíquico, se inaugura la relación dialéctica entre la pulsión y el objeto. La repetición traería a luz las “huellas” de esa relación, con sus transformaciones, sus atascamientos, su particular articulación con lo traumático, y con aquello que está aún más allá del trauma: el vacío, la ausencia, la nada. Ante la imposibilidad de subjetivación de ese *agieren*, el sujeto parece quedar atrapado por “el destino”, por ese tiempo detenido, coagulado, en la repetición de aquellas “huellas” primeras de lo que podría denominarse “psíquico-prepsíquico” (Roussillon, 1991), cristalizado en ese núcleo en el que se condensan las particulares configuraciones de la pulsión con las primeras identificaciones, y donde se hallan las claves de aquello que se expresa en la clínica del “más allá”. Clínica que produce los más intensos “malestares” y los mayores obstáculos en el proceso de la cura. Es por ello que atribuyo particular relevancia a la problemática de la repetición y a su expresión clínica como “destino”,¹ y considero fundamental su valoración a fin de “calibrar” los instrumentos de la técnica.

¹ Freud nos dice, refiriéndose a la repetición en la vida de las personas no neuróticas: “En éstas hace la impresión de un destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivenciar [...] determinado por influjos de la temprana infancia. La compulsión a la repetición que así se exterioriza no es diferente de la de los neuróticos, a pesar de que tales personas *nunca han presentado los signos de un conflicto neurótico tramitado mediante la formación de síntoma*”

A los efectos de una mayor claridad expositiva he organizado esta presentación en los siguientes apartados:

1. –*Metapsicología de la repetición: un nuevo retorno a Freud*. Mi trabajo incluye aquí un “*après coup*” sobre el concepto de repetición en la obra freudiana desde la inclusión/integración de significativas contribuciones de algunos pensadores posfreudianos.
2. –*La Repetición en la Clínica. Las posiciones del analista*.
3. –*La transferencia, la repetición, y la persona del analista*.
4. –*La repetición de lo arcaico y la mente del analista*.

1. METAPSICOLOGIA DE LA REPETICION: UN NUEVO RETORNO A FREUD

Traspuestos los umbrales de un nuevo siglo y nuevo milenio volver a Freud no implica ortodoxia: su texto resulta un pre-texto fundamental para una impostergable confrontación de ideas desde la actualidad del psicoanálisis, y para seguir avanzando en nuestra propia capacidad de pensarlo con creatividad y cierta audacia. Así lo han hecho Melanie Klein, Winnicott, Bion, Lacan, etc. y, en la actualidad, en sus particulares retornos a Freud: Green, Laplanche, Pontalis, Rosolato, Bollas, Kernberg, etc., entre muchos otros que nos orientan hacia nuevas conexiones, enlaces y articulaciones de los textos freudianos.

La metapsicología es un referente privilegiado para el debate de las ideas del psicoanálisis. Lugar de acuerdos y de controversias, quizás sea el mejor instrumento para la discusión en torno a los problemas que nos plantea la clínica. Pensar el psicoanálisis contemporáneo implica revisar su metodología, la psicopatología, y, en particular, el trabajo del analista en el ejercicio de su *función analítica* y desde su inclusión como *persona* en ese “encuentro de singularidades” que conforma el campo analítico. Avanzar en esta práctica y seguir aportando a su desarrollo como corpus conceptual

(mi cursiva). [...] “Este ‘eterno retorno de lo igual’ [...] nos sorprende mucho más en los casos en que la persona parece vivenciar *pasivamente* algo sustraído a su poder, a despecho de lo cual vivencia una y otra vez la repetición del mismo destino” (Freud, 1920, *AE* 18: 21-22, *SE* 18: 22).

pasible de ser transmitido, explicado, y debatido, requiere sostener la “metapsicología freudiana”. Ese elemento común, que nos orienta entre diferentes senderos teóricos que a veces se unen y otras se bifurcan.²

La primera tópica freudiana estuvo afincada, apoyada, en la teoría de la representación, del deseo, de la represión y los modos de retorno de lo reprimido. La teoría de la cura asentada en la posibilidad de recuperación del recuerdo reprimido, encuentra su culminación y al mismo tiempo su cuestionamiento en los años 1914 y 1915. En esos años Freud produce textos que son como ventanas: “Recordar, repetir y reelaborar” (Freud, 1914a), “Introducción del narcisismo” (1914b), “Duelo y melancolía” (1917 [1915]). La importancia de los dos últimos es que reintroducen, de manera evidente, el objeto, el otro, en la constitución de lo psíquico. Esta inclusión del objeto amplía el campo teórico hasta entonces centrado en la pulsión y sus destinos. Tras esta apertura, Green (1996) definirá el objeto como el revelador de la pulsión, y Laplanche (1989) lo jerarquizará hasta atribuirle la función de “creador” de la pulsión (su objeto fuente). Por último, en el texto que hoy retomamos: “Recordar, repetir y reelaborar”, Freud (1914a) incluye enfáticamente, como producto de la observación clínica, el concepto de repetición, pieza fundamental de sus desarrollos teóricos posteriores. Seis años después, la repetición y su insistencia compulsiva encuentran un lugar trascendente en “Más allá del principio del placer”, cuando Freud (1920) se enfrenta con los sueños de la neurosis traumática. La repetición se desplaza desde su fijación al placer hacia el compulsivo reencuentro con el efecto de un trauma sin representación. En otras palabras, hacia una búsqueda activa (sin sentido aparente) del sufrimiento.

Descripción grávida en consecuencias puesto que daría paso a la inclusión de un concepto clave en psicoanálisis: la pulsión de muerte, que aparece así no sólo como una reconceptualización de la teoría pulsional, sino que inaugura a su vez una nueva y en cierto modo “dramática” concepción del psiquismo y su actividad.

El inconsciente sexual y significativo fundado por la represión comenzará gradualmente a perder el lugar, hegemónico hasta enton-

² Entiendo que tenemos por delante un fuerte desafío. Un trabajo de confrontación entre los distintos esquemas teóricos que permita encontrar nuevas integraciones evitando al mismo tiempo caer en dogmatismos.

ces, del mismo modo que los objetivos de la cura no podrán ya ceñirse de manera exclusiva a la recuperación-develamiento de los recuerdos significantes.³ Más aún, la enfermedad no sólo remitirá ya a un hecho histórico, sino que se presentará como potencia actual. Desafiado por la clínica, Freud (1914a) intentará en un principio reconducir al pasado aquello que aparece en “acto”: “hacer recordar”, tal como lo proponía en sus textos previos, cuando imperaba la lógica de la representación. Sin embargo la clínica lo llevará a “hacer repetir”; deslizamiento que es producto de la emergencia de la “compulsión del destino” (Freud, 1920). Podríamos definir este hallazgo clínico de este modo: el desplazamiento progresivo de la repetición, en el sueño, del deseo que se “realiza”; a la repetición compulsiva, en el análisis y en la vida, del dolor del trauma.

El fracaso de la tentativa freudiana por domeñar esa pulsión en acto dentro del campo del análisis (a pesar de su forzada creación de la neurosis transferencial), fue fértil para el psicoanálisis. El tope lo habría constituido la constatación de que se repite en la vida, y no sólo con el analista; lo cual entraña serios peligros.⁴ Una afirmación se impone en la clínica de la repetición: hay “algo” que no se puede recordar. ¿Qué es lo que se resiste al recuerdo, a la palabra; en suma, a la representación? Se trata, como diría veintitrés años después, de ese “[...] *algo* vivenciado en la edad temprana y olvidado luego, algo que *el niño vio u oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje todavía [...]*” (Freud, 1937b, Pág. AE: 268, SE: 267) (mi cursiva). Ese mismo año ratifica: “Por los psicoanálisis de personas individuales hemos averiguado que sus tempranísimas impresiones, recibidas *en una época en que el niño era apenas capaz de lenguaje, exteriorizan en algún momento efectos de carácter compulsivo sin que se tenga de ellas un recuerdo consciente*” (mi cursiva) (Freud, 1937-1939, Pág. AE: 125, SE: 130). ¿De qué tipo de inscripciones o huellas se trata?, ¿auditivas?, ¿visuales? ¿O, más ampliamente, sensoriales? En todo caso: “significantes prelingüísticos”.

Y es en la luminosidad de “Construcciones en el análisis”, y en una última vuelta en espiral respecto a aquello sobre lo cual la repetición

³ ¿Será necesario aclarar que esta posición que sostengo no implica disminuir el valor de la rememoración en psicoanálisis?

⁴ Estas dificultades que comenzaba a revelarle la repetición fuera del análisis nos permiten inferir que Freud intuía ya que el concepto y el hecho clínico de la neurosis de transferencia no permitía contener todas las expresiones de la repetición.

ya lo había interrogado en 1914, que Freud adelantaría una nueva proposición clínica y técnica: *la construcción (casi la re-construcción), que emerge como una técnica superadora* para acceder a aquello que, no pudiendo encontrar representación significativa, se repite en acto. (Adelanto entonces en este punto que voy a referirme a *la construcción* como un concepto teórico a través del cual intentaré arribar a una instrumentación técnica diferente de la construcción freudiana.)

En síntesis: el movimiento arrollador de la pulsión, cuando se desata como repetición en acto, requiere de reformulaciones de la técnica que permitan ir más allá de la incandescencia del deseo y sus representantes.

Hago un alto aquí para dar una primera descripción sobre la clínica de la repetición. En el curso de un análisis surgirán distintos tipos de repeticiones. Por ejemplo, la repetición de fragmentos y ramificaciones del Edipo (Marucco, 1998). Este tipo de repetición permitiría la expresión de la neurosis histórica como potencia actual. Así, las pulsiones de meta inhibida (ternura, confianza) que se gestaran tras la resolución del complejo de Edipo, se expresarán como repetición a través de la transferencia positiva. A su vez se *repetirán*, en lugar de ser recordadas, las vicisitudes de la rivalidad edípica. Recordemos: la desconfianza hacia el padre se expresará como desconfianza hacia el analista. Del mismo modo tendrán cabida las expresiones repetitivas del sofocado amor edípico. El analista interpretará las vicisitudes de esta neurosis histórica hecha neurosis transferencial en su relación con el complejo de castración y dentro de un marco representativo. O sea, estamos en una repetición con desplazamiento representacional.

Otro tipo de repetición será la derivada de la teoría del narcisismo. Su expresión clínica se dará en las *“patologías narcisistas”* que se expresan como reediciones del narcisismo herido, de las injurias narcisistas. Se trataría de intentos por mantener vivo, a través de su eterna repetición, aquel “anhelado niño del tiempo primordial” (Freud, 1920) que no se resigna a transformarse en un agónico recuerdo (Marucco, 1978a). “Niño narcisista” que se instalará en la transferencia procurando interrumpir la cura aún incompleta. Aquí la interpretación transferencial, junto con la construcción de la historia olvidada y reprimida de aquel niño mítico (recuerdos encubridores), serán necesarias para conjurar esta repetición “casi no representada”.

Por último, la repetición que sobreviene por efecto de lo que

denominamos “trauma psíquico/pre-psíquico”, de esas huellas mnémicas, “vivencias del tiempo primordial” (Freud, 1920), que escapan a toda posible significación. Huellas que he denominado “ingobernables” (Marucco, 1980), por su incapacidad de ligadura con el proceso secundario; las cuales, manifestándose como repeticiones no representables e irrepresentables bloquean el acceso terapéutico. El concepto de neurosis de transferencia de “Recordar, repetir y reelaborar”, donde la repetición “podía” ser domada en el escenario transferencial, deja aquí paso al dolor avasallante motorizado por esas huellas mnémicas ingobernables. Huellas que, desde “más allá del deseo”, reclaman alguna posibilidad de *ligadura* para aquello que se produjo antes del advenimiento del lenguaje. No hubo “tiempo”, ni psiquismo suficientemente estructurado, para que “lo traumático” pudiera ser contenido por la representación e incluido en las regulaciones del principio del placer y así entrar en los derroteros significantes que lo hicieran más accesible al trabajo analítico. La falta de representación, y la compulsión a la repetición del “trauma”, parecen anular por anticipado todo esfuerzo de inclusión en el campo del análisis. Si bien el psicoanálisis las enfrentó, y las enfrenta aún hoy; lo hace con cierto pesimismo desde algunas posiciones, coincidiendo quizás con el que Freud manifestó, en parte, en “Análisis terminable e interminable” (1937a). Aquí el entusiasta y audaz convocador de las variadas expresiones psicopatológicas hacia el campo transferencial, como forma de lograr la cura, se sintió enfrentado, no sin cierto dramatismo, con el reconocimiento de los límites de “su” psicoanálisis. Sus límites: la pulsión de muerte, lo “indomeñable” de la pulsión; junto a lo irrepresentable de la castración. “Castración” como reconocimiento último de la dificultad de significar esa pulsión en acto. ¿Aquellas huellas mnémicas ingobernables...? ¿El Ello pulsional fijado en un trauma, sin objeto prácticamente? Estamos, casi, en el terreno de la repetición pura.

Podemos plantear un nuevo eje paradigmático: un núcleo del psiquismo donde se alojarían el deseo y el trauma. Deseo y trauma: punto en el que los senderos se bifurcan. Trauma casi originario producto de una inscripción sin palabras; coincidiendo en la clínica con una repetición monótona, invariada, que es al mismo tiempo una re-petición (pedido de ayuda). Otra manera de decirlo: el concepto –metáfora– de *embrión de la pulsión*⁵ nos acerca a lo arcaico en

⁵ Trato de definir con este término metafórico los momentos originarios del psiquismo donde

psicoanálisis (tema que desarrollaré en especial en el cuarto apartado, pero del cual surge ahora una pregunta:) ¿qué es eso arcaico que se repite? ¿Algo que surge en acto desde el empuje regresivo hacia un estado casi previo al encuentro con el otro? ¿O algo que es producto de la fuerza intrusiva de un objeto que imprimió la huella destructiva de la desligadura allí donde debieron abrirse los caminos hacia la posibilidad de representación? Estamos “lejos” del inconsciente reprimido y por otro lado muy cerca del caldero del Ello. Ahora bien, esta zona psíquica donde se expresa la repetición en acto ¿no habilitaría a hablar de “otro inconsciente”? “Otro inconsciente” que oculta celosamente lo *soterrado* (*verschüttet*),⁶ lo más “recóndito”. Podríamos decir, más que “sepultado” (*untergang*) o “aniquilado” (*zugrunde gehen*): “soterrado”⁷ por un mecanismo que aún no somos capaces de describir. Pero eso “soterrado” retorna. Y Freud lo dice así: “Todo lo esencial se ha conservado, aún lo que parece olvidado por completo; está todavía presente *de algún modo y en alguna parte, sólo que soterrado, inasequible al individuo*”. Y agrega [...] “*Es sólo una cuestión de técnica analítica que se consiga o no traer a la luz de manera completa lo escondido*” (Freud, 1937b, AE 23: pág. 262, SE 23: pág. 260) (mi cursiva). Esto sugiere, a mi entender, la necesidad de la creación de una nueva tópica, y reformulaciones técnicas que permitan ubicar a ese “*de algún modo y en alguna otra parte*” donde se encuentra lo más “recóndito”. Un comentario más, relativo al tema: considero que lo “soterrado” en Freud estaría cercano al concepto de “embrión pulsional”, que a mi entender tiene dos caminos y, en el mejor de los casos, una opción. Los dos primeros: el pasaje al acto y/o al soma. La opción, que es en realidad una transacción, estaría en la posibilidad de que ese embrión pulsional pudiera alcanzar al deseo y, enmascarado en él, manifestarse como síntoma. Frente a esto el camino que el análisis abre, como

la pulsión, sin llegar a la representación, tiende básicamente a la descarga en el acto o en el cuerpo. Momento del psiquismo, al decir de Green (2001), donde la pulsión es máximo de potencia en acto y mínimo de significación. Por otro lado, el concepto de “embrión pulsional”, me permite ubicar precisamente el origen de lo psíquico cercano al concepto de implantación, tanto desde el cuerpo como desde el otro (Laplanche, 1989).

⁶ *Verschüttet* (GW 16, pg. 46). *Buried* (SE 23, pg. 260). [Soterrado: lo olvidado por completo; lo arcano].

⁷ ¿Por qué Freud utilizará este término? ¿Estará refiriéndose a lo “más recóndito” que se transforma en repetición; o sea, a aquello que “el niño vio y oyó”, previo al lenguaje (Freud, 1937b)?

nuevo para el sujeto, es la creación, en el encuentro con un otro (analista), de nuevas representaciones implicadas en la dimensión del deseo. En otras palabras, se trataría de la posibilidad que ofrece el análisis de incluir *la repetición de lo soterrado* en lo reprimido del inconsciente.

Sabemos que en lo referente a la repetición tenemos en psicoanálisis mucho camino recorrido: desde la misma conceptualización freudiana hasta los desarrollos (entre otros) de Winnicott, Lacan y, en la actualidad, de Green, Laplanche, etc. Desde diferentes modelos teóricos, estos diversos desarrollos nos acercan instrumentos para aproximarnos a desentrañar este núcleo oculto del psiquismo. Por ejemplo: A partir de las formulaciones de Lacan (1977), podríamos preguntarnos si, en este punto de lo soterrado, la tarea analítica implicaría, ya no el atravesamiento del fantasma, sino su construcción (puesto que sería justamente la imposibilidad de “construir el fantasma” lo que habría marcado estructuralmente al sujeto). En una línea de pensamiento muy diferente, Winnicott (1991) aportó, con las descripción de los fenómenos transicionales, la posibilidad de enunciar algún tipo de “conjetura representacional” capaz de detener la acción repetitiva de la pulsión. Por otra parte los aportes de Green (1990) sobre la relación intrusión/ausencia del objeto nos acercan, en el marco presencia-ausencia de la relación analítica, a la posibilidad de invertir los términos de ese máximo de potencia y mínimo de significación con que define al acto pulsional, produciendo el aumento de esta última la consecuente disminución de la primera. Laplanche (1996) parece ubicar este núcleo de lo psíquico (lo soterrado) en aquello que describe como la implantación de significantes producto de la relación con un *otro*. Su posición se sintetizaría en este sentido en lo que él desarrolla a partir de su idea de un plus de sexualidad inconsciente de la madre.

Por mi parte intento sumar mis aproximaciones a eso “soterrado” que, de no encontrar significación, quedará preso de la compulsión repetitiva encubierta y expresada por el destino (tema sobre el que me extenderé en el próximo apartado). Sólo quiero adelantar aquí el siguiente comentario: En principio consideraría relevante, por obvio que parezca, volver a señalar algunos peligros que acechan especialmente a la tarea analítica al trabajar sobre esta zona del psiquismo: En primer lugar, el peligro de que el analista pudiera caer en la tentación de ofrecer un destino “mejor y distinto” de aquel que se manifiesta en la repetición de lo soterrado. También, y concomitante con él, el del

intento de adaptación del paciente a lo que el analista o la cultura supondrían más “sano” o conveniente. Y, por último, el riesgo de asumir en el análisis la posición del Otro en lugar de tender a su destitución. En suma, un recordatorio que nos advierte sobre el peligro de los “retornos” sugestivos en el psicoanálisis (especialmente cuando se lo fuerza a competir en “eficacia” y “rapidez” con otro tipo de psicoterapias). No se trataría ni de “ofrecimientos”, ni de adaptaciones, ni de ubicarse en el lugar del Otro; ni siquiera de la reconstrucción material de un fragmento de la historia (porque, en lo que a este tipo de repetición atañe, ésta nunca fue inscripta como tal).

Adelanto muy brevemente aquí lo que en los próximos apartados desarrollaré: frente al poder de la sincronía atemporal de la repetición en acto considero que nuestro mejor recurso es “la construcción”. Pero construida fundamentalmente con las producciones que emergen como repetición en el presente transferencial, de aquello faltante como historia. De esta manera, y utilizando la memoria del proceso analítico, podría el analista ir instalando una diacronía histórica liberadora en el análisis. Diacronía que es, por supuesto, absolutamente singular para cada analizando.

Freud subraya, con respecto a la construcción del analista, que es la convicción del paciente (a la que da un valor equivalente al del recuerdo) la que motorizará, y a la vez dará cuenta de, un cambio psíquico. Este cambio ¿provendría de la ligadura que las palabras del analista introducen en la trama repetitiva del acto?, ¿del impacto afectivo que un tramo conjetural de la historia provoca en un analizando?, ¿o incluso inventar los orígenes de una historia como “producto” de haberla revivido en el análisis, que pueda detener la repetición? ¿O también, como otra opción, la posibilidad de figuración que podría aportar alguna significación a lo no representado?

En todos los casos, en lugar de reconstrucción histórica de la verdad material, habría construcción de lo nuevo, o sea creación.

Concluyo el apartado: el psicoanálisis contemporáneo enfrenta el desafío que presentan tres clases de repetición: la “representativa” (edípica), la de aquello “no representado” (narcisista) que puede adquirir representación, y la de lo así llamado “irrepresentable” (huellas mnémicas ingobernables que a veces se disfrazan como destino). Frente a esta última repetición varían a su vez las posiciones del analista, que oscilan entre considerar las “neurosis de destino” como límite, o bien como nuevo desafío para el análisis.

2. LA REPETICION EN LA CLINICA. LAS POSICIONES DEL ANALISTA

Habiendo transitado el terreno de las expresiones psicopatológicas de la neurosis, la psicosis, y la perversión, el psicoanálisis contemporáneo se ha ido incluyendo en el campo de las patologías narcisistas, de las así llamadas patologías *borderline*, de la psicósomática, de las adicciones, etc. En últimas, el concepto y el hecho clínico de los estados límite.

La clínica actual continúa presentando los síntomas conocidos: angustia, rituales obsesivos, fobias, etc., y en particular las marcadas por el padecer de la repetición: cada vez más sujetos llegan al análisis preguntando por su “destino”. Los consultantes se lo formulan así: ¿por qué tropiezo una y otra vez con la misma piedra? ¿Por qué, por más que me doy cuenta, no lo puedo evitar? Esta pregunta lleva implícita esta otra: ¿por qué el tiempo de hoy es igual al de ayer y será igual al de mañana? Y hago un breve paréntesis para una reflexión: Este “asesinato del tiempo” (Green, 2001) ¿no es acaso uno de los síntomas más reveladores del padecer del hombre en la cultura de hoy?⁸

Entonces, la consulta hoy no se expresa sólo como búsqueda de alivio para tal o cual síntoma, sino que hay también el intento (más o menos manifiestamente explicitado) de encontrar los por qué de *una manera de vivir* que termina siempre en sufrimiento. Este cuestionamiento incita al individuo a buscar indicios que le permitan comprender esas marcas “soterradas”, eso que, hundido en *la raíz misma de su ser* lo lleva a perderse en el sin sentido del acto, de lo escondido en cada compulsiva repetición.

Ahora, y volviendo al terreno de la clínica, se me hace necesario explicar aunque sea brevemente, algunos aspectos de mi concepción del aparato psíquico, y por lo tanto de mi trabajo terapéutico, en términos de lo que denominé *zonas psíquicas* (Marucco, 2002-2005). En mi formulación, cada una de estas *zonas psíquicas* remite a una particular configuración en la dinámica de la relación pulsión-objeto; y, en la clínica, a una también particular demanda a la posición del analista como objeto, como “el otro” en el marco de la situación

⁸ Un tiempo que, pautado desde el poder, nos des-subjetiva, nos hace menos víctima de la añoranza que del vértigo que nos devora si no vamos a su compás, y que poco da lugar al tiempo para el afecto, el pensamiento, la creación.

analítica. Por supuesto, estas zonas psíquicas inconscientizadas son coexistentes, con diferentes grados de predominio según las características de la psicopatología. Pero cada una de ellas emerge, con características singulares, en distintos momentos de un análisis (de todo análisis) determinando tanto las posiciones del analista como las condiciones mismas del campo analítico. Se trataría de una especie de “entramado” donde la zona del soñar, o sea, del inconsciente reprimido, sexual y significativo, convive con otras, como por ejemplo, la *zona del narcisismo*, es decir, de la relación del Yo con el ideal y de un inconsciente que no es ya el inconsciente reprimido, sino uno más vinculado al sentimiento inconsciente de culpa, a la problemática de la autoestima y del sentimiento de sí. Otra zona psíquica corresponde a lo que he dado en llamar “el inconsciente de las identificaciones”, donde el objeto, el Otro (con mayúscula) y el otro (con minúscula), es identificado en el Yo o en el Superyó. El proceso de subjetivación implicará en la primera zona la tarea de develar el significativo, en la segunda la profundización del análisis de la idealización, y en la zona de la identificación será necesario el trabajo de desidentificar aquello que fue identificado patológicamente. Más específicamente: el análisis tendrá que descubrir los caminos conducentes a una desidentificación capaz de recobrar para el sujeto su pulsionalidad, aplastada o incluso borrada por el exceso identificatorio (identificaciones primarias pasivas) (Marucco, 1978b). Un paso más, nos encontramos con esa zona que se constituye en la relación del psiquismo con la castración y/o con el mundo exterior. Se trata, básicamente, de una particular modalidad de estructuración psíquica constituida a partir del mecanismo de la desmentida (*verleugnung*), que pasa así a tener, junto a la escisión del Yo, un papel estructural en el psiquismo. (Marucco, 1996)

Dejé para el final la zona de la repetición y la pulsión de muerte, por ser el centro de este ensayo. (Sólo quiero dejar en claro que el análisis transcurre para mí en la aparición de las distintas zonas en distintos momentos del proceso analítico). Cuando la atemporalidad del inconsciente explica la esencia misma del eterno presente, *la “vía regia” de expresión de lo inconsciente será también el acto*. Por tanto, ¿podremos seguir pensando nuestra vía de acción terapéutica en términos de asociación libre-regresión-recuerdos? En el campo clínico, empujado por esa compulsión demoníaca, la repetición en acto reclama ligadura. *Pero ésta deberá montarse sobre la estructura de un tejido psíquico constituido por huellas coaguladas en la*

ausencia de un sentido. Entonces, el analista está convocado a detener esa circularidad de la repetición en la que el sujeto se pierde a sí mismo. Así la recuperación de la temporalidad perdida constituiría el verdadero advenir del sujeto. Y en esto la posición del analista será fundamental: se tratará de la *apuesta pulsional* (Marucco, 2006) que el analista pueda poner en juego.

Ahora bien, entiendo que las trazas de ese destino signado por la repetición retornan en la impulsión ascensional de lo soterrado. A través de la *pulsión emergente* (Freud, 1920) lo soterrado es “arrastrado”, diríamos “atraído”, por elementos del inconsciente reprimido, donde son engarzados por el deseo. Por esta vía el deseo es utilizado para enmascarar, y mantener oculto al mismo tiempo al “sujeto de la repetición”. El antiguo destino repetitivo “ascendido” al campo de lo reprimido adquiere así alguna significación sintomática enmascarada: fobias, obsesiones, etc., accesibles de esta manera a cierto trabajo analítico. Pero a la vez la repetición “pura” (comandada por la pulsión de muerte, casi en el campo de lo pre-psíquico, sin alcanzar los significantes reprimidos) se expresa en un tiempo detenido que, en la sucesión de actos, constituye una permanente reiteración de un presente atemporal. Pero no sólo eso: la repetición “pura”, aquel “embrión pulsional” que sólo se descarga en actos o en el soma o como destino, produce algo más: arrastra en su descarga significantes de lo reprimido, llevando al psiquismo a su empobrecimiento. La repetición pura va lentamente llevando al silencio al capital representativo, hasta enmudecer. Green (2001) lo define con claridad: pacientes a los que, faltos de análisis, tal vez la muerte les llega antes de tiempo, o son condenados al silencio. Y, yo agregaría, en el mejor de los casos: al desborde delirante. Quizás resulte ahora más clara mi propuesta de la apuesta pulsional del analista como un último intento de ligadura; así como la necesidad, en estos pacientes, de la creación del “tejido psíquico” perdido.

De no ser así, el tiempo es “asesinado”, y “crecen” las huellas que sólo encuentran expresión en el acto, o en una “manera de ser” en la vida. A partir de aquí la cura analítica no será sólo rememoración, sino especialmente la recuperación en los actos de aquello que no se puede recordar.

El desafío de la clínica es, en esta zona: cómo producir “recuerdo” donde hay “memoria amnésica” (Green, 1990); y, finalmente, cómo deshacer lo que la repetición estructura, a la manera de un destino, para que el paciente pueda, por la fuerza de su pulsión de vida,

transformar su presente y su futuro en algo distinto. Ahora bien, a pesar de no contar aún con una metapsicología capaz de describir cabalmente esta particular expresión psíquica para determinar su técnica de abordaje, debemos aproximar alguna silueta de representabilidad para una posible subjetivación de la repetición pura. He aquí una tarea analítica por excelencia. Y, ¿de qué otro modo hacerlo si no es a través de construir conjeturalmente algún tipo de “historia” que pueda desentrañar lo soterrado (*verschüttet*) que asoma en el acto? ¿Se entiende mi insistencia en lo soterrado (*verschüttet*)?

Sabemos que durante el proceso de un análisis el analista decifrará la asociación libre a través de su atención flotante. Pero en los momentos de “pura repetición”, es justamente el particular “instante de quiebre” de su atención flotante lo que permitirá el surgimiento, desde su propio inconsciente, de algo capaz de dar representación a eso recóndito que se oculta a la vez que se expresa en la repetición. Evocada en la mente del analista, la construcción se va armando, a mi entender, a partir de los distintos momentos de subjetivación que se producen en el curso de la historia del proceso de análisis, de cuya memoria es custodio el analista. Así, la construcción dejará expuesto ese tramo de la vida que había quedado en la pre-historia del psiquismo, por así decir, detenido en el instante del trauma, obstaculizando la posibilidad de subjetivación. En estas consideraciones resulta de particular importancia atender al hecho de que, si bien el analista es el que formula la construcción, el sentido capaz de detener la imposición de un destino (hermenéutica) es el que, en la apropiación de esta historia, con su particular convicción, le otorga el paciente.

El análisis debería entonces tender no sólo a rearmar el “tejido psíquico” (Marucco, 1998) que la repetición, comandada por la pulsión de muerte, destejió (en su poder de desligadura); sino también trabajar junto al paciente para *crear* ese entramado capaz de contener aquello que no ha podido adquirir representación. Se iría, de este modo, constituyendo una trama psíquica que, funcionando como “tejido de contacto” sirva a la vez de filtro frente a los embates de la compulsión traumática. (Marucco, 2006)

Insisto: el mejor soporte para la implementación de estos recursos técnicos, la única fuerza que puede “animar” ese tiempo detenido por la repetición del trauma, la encontrará el analista en su propia apuesta pulsional. Se trata, en suma, de incluir en la dimensión de la cura la *presencia del analista*, involucrado con todo su ser y su saber en la

tarea analítica: con “alma y vida”, podríamos decir. En cierta medida esto se vincula también con el tema de la singularidad real del analista (Marucco et al., 1995), que alude al “cuerpo erógeno de la presencia terapéutica” considerada durante mucho tiempo como una “molesta” interferencia en el análisis.

3. TRANSFERENCIA Y REPETICION. FUNCION Y PERSONA DEL ANALISTA

Aceptar la transferencia como patrimonio de la neurosis implicó, en su momento, reconocer que lo intrapsíquico no podría recuperarse sólo como recuerdo, sino que sería revivido como potencia actual (*agieren*) en la transferencia; o sea, *con el otro*. Se produce en este punto un giro importante. Si bien en la *transferencia* del sueño Freud había relativizado la significatividad del objeto (a través de los restos diurnos) en función de jerarquizar “la misión” del deseo inconsciente, con la aparición del concepto de *neurosis de transferencia* vuelve a poner el acento en la preeminencia del objeto. Vemos así cómo la figura del analista como objeto va cobrando significatividad para el paciente a lo largo del tratamiento. “*La asiduidad de encuentros, y las características del analista generan una relación que hace posible que se desarrollen ‘momentos transferenciales’*” (Marucco, 1998).⁹ En esos “momentos transferenciales” se produce la repetición de los clichés de las estructuras fantasmáticas del narcisismo y del Edipo, y de sus posible reediciones modificadas y corregidas apoyadas en la “singularidad real” del analista (Freud, 1905; Marucco, 1995).

Otra manera de decirlo: en la situación analítica, la presencia del analista como función y como persona (entendida ésta como singularidad real), permitiría que la transferencia sea algo más que una *mera repetición* para transformarse, en una *reedición corregida y aumentada*. Esa “singularidad real” podría *constituir un elemento de simbolización en la transferencia cuando posibilita que una repeti-*

⁹ Me refiero a esos momentos claves, decisivos para el cambio estructural del paciente en los que el revivir transferencial se integra con la historia estructurante. Las construcciones se revelan así como instrumento técnico privilegiado para insertar la vivencia transferencial/contratransferencial a-temporal, en un tiempo histórico particular. Los momentos transferenciales se constituyen en el pasaje en que la construcción intenta integrar una y otra vez la historia fragmentada del paciente, tratando de acercarse a encontrar la irremediable “unidad” perdida.

ción invariada se transforme en una nueva edición representada.

Debemos entonces diferenciar estas repeticiones edípicas y narcisistas, de aquellas otras que, proviniendo de la repetición casi “pura” del analizando, *toca* a la *persona* del analista en aquello de su inconsciente que no fue movilizado en su propio análisis. Ese despertar del inconsciente “no analizado”, inédito, del analista (que obviamente no está en la función analítica), *puede ser apropiado apelando al trabajo de autoanálisis*. En este sentido podríamos decir que en la persona del analista se van albergando diferentes elementos de la relación con el analizando que tienen que ir “cayendo” de la persona del analista (singularidad real) a la función analítica. Desde esta postura la función analítica no sólo implica una posición de “supuesto saber”, sino que incluye además la particularidad real y los afectos del analista, con sus efectos de ligadura y de desligadura; y más aún, lo inconsciente inédito de la persona del analista, que es hecho vibrar por la repetición pura del inconsciente del analizando. Me encuentro aquí cerca de la noción de “campo” en psicoanálisis (W. y M. Baranger, 1969).

4. LA REPETICION DE LO ARCAICO Y LA MENTE DEL ANALISTA

Podríamos quizás convenir que cuando hablamos de “función analítica” la pensamos habitualmente en el marco de un dispositivo que facilita operar analíticamente. Dispositivo que estará sostenido básicamente en lo que denominamos como la “atención flotante del analista”, las asociaciones libres del paciente, y el develamiento de los significantes que vayan surgiendo para ser incluidos en el campo representacional.

Ahora bien, cuando la estructura de la repetición, producto de las primeras inscripciones en la constitución de lo psíquico, irrumpe en el campo analítico, la cuestión de lo representable toma un giro importante. Aquello no representado e irrepresentable de la pulsión, que no llega al campo de la palabra, produce un “cortocircuito” que lo ubica en el pasaje al acto o en el cuerpo. Las manifestaciones psicopatológicas en el soma y los pasajes al acto aluden, como ya dije, a lo llamado “*lo arcaico*”¹⁰ en psicoanálisis, a la clínica de los

¹⁰ Entiendo lo arcaico en relación a un tiempo lógico en la construcción del psiquismo y no en una temporalidad evolutiva.

fenómenos residuales, o sea, de aquello donde en lugar de representación de palabra existen actos y, agrego ahora: *pasiones*. Retorna un interrogante: ¿cómo se manifiestan en la clínica estas inscripciones *más allá o más acá de la representación de palabra* que no configuran fantasma? En esta repetición, casi “pura”, no sólo no hay representación; hay presentes *fusionales y pasionales* que se expresan de distintas formas, desde la furia destructiva a la tendencia al Nirvana o, más claramente, al deseo de muerte. La clínica contemporánea se conmociona, al cuestionar la extraterritorialidad que tuvieron el acto y el soma, y refleja los avatares del trabajo analítico al “pisar” sobre esas zonas de confluencia y de deslinde que constituyen estas categorías de frontera. Es necesario aclarar que esta “zona psíquica” está por fuera del campo del significante (en cuyos laberintos de metáforas y metonimias se vislumbra sin embargo la silueta del deseo). Estas expresiones “más allá de la representación” nos desafían a una lectura clínica que podríamos describir como *la construcción del acto*, o como el intento de “*representación*” *del cuerpo*. Si además de describirla pensáramos en cómo llevarla a cabo, podríamos decirlo así: se trataría de un proceso de trabajo analítico por el cual, en un movimiento regresivo (Botella, C. y S., 1997) a partir de la representación de la palabra, el analizando pudiera ir convocando algún tipo de representación más cercana a lo sensorial (representaciones auditivas, táctiles, olfativas, visuales, etc.). Y cuando llegáramos desde el plano de lo sensorial al signo perceptivo, próximo al terreno alucinatorio, se propondría para el análisis algo desafiante que comenzaré a enunciar de este modo: en el análisis de la repetición de lo arcaico *no* hay historia, *ni* palabras: hay sólo “*situación analítica*”, o sea, *encuentros que transforman*. Así como en el campo de la neurosis (o en la zona del significante) la atención flotante del analista permite detectar en la asociación libre del paciente el golpe del significante; a esta potencialidad sensorial, traumática, el analista podrá intentar responder poniendo en juego algo más que su contratransferencia, o sea, su capacidad de *reverie* (Bion, 1966), casi “su mente”. Podría definirse en parte como eso *inconsciente inédito, no analizado*¹¹ que surge en el analista cuando *la opacidad del significante* no permite el análisis de la asociación libre, ni siquiera la posibilidad de la atención flotante. La opacidad del significante, que preanuncia la repetición del acto,

¹¹ Con esta denominación me acerco al tema que C. y S. Botella desarrollan en “El inacabamiento fundamental de todo psicoanálisis” (Botella, C. y S., 1997, cap. X).

puede, al mismo tiempo, producir en el analista un empuje de esta “capacidad de ensoñación” desde donde poder encontrar aquello que otorgue quizás, más que la representación, las trazas de un pensamiento no pensado. Podríamos denominar provisoriamente a esta tarea analítica como *la mente del analista trabajando frente a la repetición de lo arcaico*. Trabajo de elaboración del analista, revelador y a la vez inquietante. Ocurre que cuando estos “otros significantes” no lingüísticos son convocados en la mente del analista, se expresan como “vivencias” y no como representaciones. Vivencias de lo nuevo, lo diferente; de aquello que nunca cesa de inscribirse para que en algún tiempo devenga memoria. Otra vez estamos cerca del desafío de construir fantasmas allí donde sólo había inscripciones preverbales. ¿Es necesario insistir en que el gran riesgo en este momento clínico es que el campo analítico caiga en una hipertrofia de lo irracional que lo acerque a algo próximo al orden de lo mágico, donde la persona del analista se erige en ideal? (Marucco, 2005) ¿cómo prevenir esto? Aquí no puedo sino remitirme a lo que es tal vez más antiguo e imperecedero en el ser analista: el autoanálisis, el reanálisis que permita encontrar nexos, relaciones, y fundamentalmente, diferenciar lo que es propio de aquello que corresponde al Otro y a la relación con el otro.

Para concluir este apartado: ¿con qué contamos para pensar la “mente del analista” y su operatividad frente a las repeticiones del analizando? Menciono algunos aspectos: a) su “singularidad real”, que permitiría que las repeticiones invariadas muten en reediciones corregidas y aumentadas. b) Su capacidad de ensoñación, que le permitiría otorgar representación a la repetición de lo no representado; y, c) con la propia escucha del enigma de su inconsciente no analizado, inédito, activado frente a la repetición de lo irrepresentable del analizando, y que siempre pugna por adquirir nuevas representaciones. Con la posesión de estos instrumentos ¿cómo interviene el analista? Por un lado, mediante la construcción. Construyendo la historia del proceso analítico en la sincronía transferencial, casi como una suerte de reconstrucción de la verdad material que el analista vivió junto a su paciente durante el proceso de la cura. Se sumará a esto la interpretación de lo intrapsíquico; esto es, de la pulsión unida a las identificaciones primarias con y desde el objeto, que se expresan en actos. Y, por último, construirá conjeturalmente esos fragmentos de historia que contribuyan a desentrañar lo soterrado. Llegados a

este punto estaríamos, metafóricamente, ante la creación de “tejido psíquico”, de lo no nacido que puede nacer; o sea, de la emergencia de lo nuevo en psicoanálisis, que gana terreno de lo no representable a lo representable, y también avanza sobre lo irrepresentable. De cualquier manera es necesario, para que haya análisis y no síntesis, un grado imprescindible de desligadura¹² que asegure siempre la conservación de un algo inasible, irrepresentable (el ombligo del sueño), que se sustraiga a la apropiación por parte del otro, y defienda de ella.

Me detengo aquí. He llegado al final del ensayo. No sé si han quedado claras todas las preguntas que formulé, y menos aún las respuestas. Pero sí quiero dejar un testimonio de algo que se ha visto reflejado tantas veces en mi clínica: el dolor incontinente de aquellos que no pueden detenerse, el furioso y temible padecer que la repetición sostiene ardiente; la urgencia de esos analizados que convocan al analista en un pedido que sienten último. Ante la repetición del más allá, de la pulsión de muerte, muchas veces los analistas nos sentimos incómodos o desanimados. En otras, pesa también el destino propio, arrojado al ruedo de avatares reconocido en la repetición del analizado. Pienso que el análisis constituye una posibilidad inédita de ligadura, de cambio de vía, frente a la repetición del destino. Implica para el analista una apuesta pulsional con resultados imprecisos: en ocasiones elocuentes, en otros apenas logra atemperar la repetición, y en algunos fracasa. En últimas, el tema de este ensayo pone a prueba la propia convicción con respecto al análisis, e invita a que revisemos juntos los fracasos terapéuticos. Haciéndolo, y reflexionando sobre ellos, podremos ofrecer para el nuevo milenio un psicoanálisis metapsicológicamente sólido, y audaz en la clínica. Audacia necesaria no sólo para enfrentar con el trabajo analítico la crueldad del destino, sino fundamentalmente para desenmascarar, tras ese sino agorero, a la compulsión que desespera, construyendo y reconstruyendo una y otra vez, con sus propios escombros, hasta que el sujeto del análisis pueda sembrar, en ese tiempo arrasado de la repetición, la simiente de una historia propia, inédita, y con final abierto.

¹² Un ejemplo claro de cómo las pulsiones actúan en relación a medios y fines. Por ejemplo: en este caso la desligadura expresaría la pulsión de muerte como medio para un fin ligado a Eros.

BIBLIOGRAFIA

- BARANGER, W. Y M. (1969) *Problemas del campo psicoanalítico*. Ediciones Kargieman, Buenos Aires, Argentina.
- BION, W. R. (1966) *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires, Paidós.
- BOTELLA, C. Y S. (1997) *Más allá de la representación*. Valencia: Editorial Promolibro.
- DE M'UZAN, M. (1978) *Del arte a la muerte. Itinerario psicoanalítico*. Barcelona: Icaria, 1978.
- FREUD, S. (1905) Fragmento de análisis de un caso de histeria. *Amorrortu Editores 7, SE, 7*.
- (1914a) Recordar, repetir y reelaborar. *AE: 12, SE 12*.
- (1914b) Introducción del narcisismo. *AE: 14, SE 14*.
- (1917) Duelo y melancolía. *AE: 14, SE 14*.
- (1920) Más allá del principio de placer. *AE: 18 pág. 21-22, SE 18 pág. 22*.
- (1930) El Malestar en la cultura. *AE: 21, SE 21*.
- (1933) ¿Por qué la guerra? *AE: 22, SE 22*.
- (1937a) Análisis terminable e interminable. *AE: 23, SE 23*.
- (1937b) Construcciones en el análisis. *AE 23 pág. 262 y 268, SE 23, pág. 260 y 267*.
- (1937-1939) Moisés y la religión monoteísta. *AE: 23 pág. 125, SE 23, pág. 130*
- GREEN, A. (1990) *De locuras privadas*. Buenos Aires, Amorrortu ed., 1990.
- (1996) *La metapsicología revisitada*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1996.
- (2001) *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires, Amorrortu ed., 2001.
- LACAN, J. (1977) *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Barral editores, 1977.
- LAPLANCHE, J. (1989) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu ed.
- (1996) *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu ed., págs.103-106.
- MARUCCO, N. C. (1978a) "Narcisismo, escisión del yo y Edipo. Una introducción a manera de epílogo". *Rev. de Psic.*, 1978: 2: 221-238.
- (1978b) "La identidad de Edipo. Acerca de la escisión del yo, la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte". *Rev. de psic.* 1978: 5. 853-898.
- (1980) "Introducción de [lo siniestro] en el yo". *Rev. de Psic.* 1980: 2: 233-246.
- (1996) "Edipo, castración y fetiche" (Participación en la Reunión Plena-

- ria inaugural del 40th IPAC Barcelona 1997). *Rev. de Psicoanálisis*, 3/1997; 677-686; *Int J. Psychoanal* 1997; Vol 78:2; *Jahrbuch Der Psychoanalyse*, Band 1997;38; 65-76; *Rev. franç. Psychanal.*, 1/1997: 233-239.
- (1998) *Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida*. Buenos Aires, Amorrortu editores. [Cap. 16: 252-259: Recordar, repetir y elaborar: un desafío para el psicoanálisis actual].
- (2002) "Quelques ponctuations psychanalytiques (à partir de ma pratique clinique)". *Rev. franç. Psychanal.* 65, *Hors Série*, (dirigida por André Green), Courants de la psychanalyse contemporaine, Presses Universitaires de France, Paris. *Rev. de Psicoanálisis* 2003:60:2.
- (2005) *Current psychoanalytic practice: psychic zones and the processes of unconscientization*. Chapter 7: "Truth, reality and the psychoanalyst: latin american contributions to psychoanalysis". International Psychoanalytical Association, London, editado por Sergio Lewkowicz y Silvia Flechner (ediciones en inglés y en español).
- (2005) *Psicosomática*. Compiladores: Maladesky, A.; López, M.; López Ozores, Z., Buenos Aires, Lugar editorial.
- (2006) "Actualización del concepto de trauma en la clínica analítica". *Rev. de Psic.* 2006:1 9-19.
- MARUCCO, N. C. (1995) MARUCCO, N.; KOROL, L.; MARCHIONNI, H.; ROZITCHNER, E.; VERTZNER DE MARUCCO, A. "La función analítica y [la presencia de] el analista: El papel de la 'singularidad real' en la transferencia". *Rev. de Psic.*, 1995: 3 731-747.
- ROUSSILLON, R. (1991) *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Amorrortu ed, Buenos Aires, 1995.
- WINNICOTT, D. (1991) *Realidad y juego*. Buenos Aires, Gedisa, 1991, pág. 17-45.

Norberto Carlos Marucco
San Luis 3364
(1186) Buenos Aires
Argentina